

D. CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

ARGUMENTO.

El acto primero de este drama comienza con una escena entre el Padre Domingo, confesor del Rey D. Felipe II de España, y el Príncipe Carlos, su hijo, cuyo objeto es demostrar el espionaje que se ejercía en la Corte para sondear las intenciones y propósitos del Príncipe respecto á la Reina Isabel de Valois, madrastra entonces, y antes esposa suya prometida. Las artificiosas insinuaciones del Padre Domingo no producen resultado alguno, porque Carlos las conoce, y oculta con cautela sus ideas y sentimientos, no así ante el Marqués de Posa, su amigo de la infancia, grande de España, muy rico y muy generoso é instruído, que llega á la sazón de los Países Bajos.

Confíesale, en efecto, que ama con pasión á su madrastra, y recaba de él que le facilite con ella una entrevista, como lo hace, si bien encuentra á la Reina fiel guardadora de sus deberes conyugales, y cede al fin á sus consejos, prestándose á amar á España, su futuro reino, y á hacerse, por su conducta, digno de ocupar el trono. La Reina, como

el Marqués de Posa, le indica también la conveniencia de que se encargue del gobierno de Flandes, para el cual había sido ya nombrado el Duque de Alba.

El Rey sobreviene en el momento más inesperado, mientras hablan la Reina y el Infante; y aun cuando no los sorprende, extraña sobremanera verla sola, y lo manifiesta así, y condena por esta causa á diez años de destierro á la Marquesa de Mondéjar, dama de la Reina. Hay un altercado entre ambos esposos, sin graves consecuencias, y el acto termina haciendo Carlos al Marqués de Posa solemnes promesas de que será un Monarca generoso, humano y hasta liberal. No era posible prometer más en aquellos tiempos.

El Príncipe D. Carlos, persuadido por las sugerencias de su amigo el Marqués, pide para sí á su padre, en el principio del acto segundo, el gobierno de Flandes, recibiendo del Rey, como podía esperarse, una categórica negativa. Su pesar, sin embargo, es pronto aliviado ó desvanecido al citársele por medio de una carta misteriosa y de una llave, que le trae un paje de la Reina, á una de las habitaciones del Palacio, que habita aquélla. Cree falsamente que la cita es de su madrastra, cuando en realidad era de la Princesa de Éboli. Fácil es de comprender cuál es su sorpresa y su estupor cuando, en lugar de la una, encuentra á la otra. La Princesa, en efecto, interpretando en su favor ciertos signos equívocos del amor de Carlos á Isabel de Valois, siempre acompañada de la misma Princesa, los había atribuido á sí, no á su señora. Todas sus artes, todas sus seducciones, no son suficientes para atraer al Príncipe, aunque éste llegue á vacilar á veces; pero en cambio, y por el giro que toma la conversación y la entrevista de ambos, llega por una parte á averiguar, por la confesión de Carlos, que ama á una rival, y por otra comete la imprudencia de entregarle una carta amorosa, dirigida á

ella por Felipe II, cuya carta, al fin, y á pesar de sus ruegos, se lleva consigo el Príncipe.

Después, al meditar en las palabras del último, y examinando los hechos, se cerciora de que su rival preferida es la misma Reina. Arde, pues, en deseos de vengarse, y al cabo resuelve hacerlo, poniéndolo en noticia del Rey, y aconsejada por el Padre Domingo, de acuerdo con el Duque de Alba, hasta fracturar el secreter en donde se supone que guarda su señora las cartas de su hijastro. Éste, que se había apropiado la de su padre á la Princesa de Éboli, con el propósito punible de mostrarla á la Reina y apartarla de la senda del honor, probándole la infidelidad de su esposo, es disuadido de su proyecto por el Marqués de Posa, que se lo afea, recordándole su principal deber, que es la defensa y protección de las Países Bajos, y obligándose á facilitarle otra entrevista con su madrastra.

Felipe II, ante quien la Princesa de Éboli ha acusado á la Reina de adulterio con el Príncipe, aparece en el acto tercero bajo el influjo de esa delación. Resuélvese al fin á depurar la verdad, y con este objeto llama sucesivamente al Conde de Lerma, al Duque de Alba y al Padre Domingo. El primero nada le dice que confirme sus temores; el segundo le confiesa que sospechaba el crimen de la Reina, y le cuenta la entrevista de aquélla con su pretendido amante en los jardines de Aranjuez, y el tercero asegura que, en opinión del pueblo, el hecho es mirado como cierto. El Rey, al oírlos, se enfurece y se indigna contra ellos por no haberle participado antes sus recelos y noticias, y termina anunciando su propósito de citar ante su tribunal á la acusada y á los acusadores, y castigar con la muerte á los culpables. El Padre Domingo nada contesta por temor, pero el Duque de Alba declara que sostendrá cuanto ha dicho al Rey.

Este, en una audiencia solemne, en vez de encolerizarse

contra el Duque de Medina-Sidonia, almirante de la Invenible, lo recibe con benevolencia y pronuncia esas frases sabidas, tan notables, de que la había enviado sólo contra los hombres, no contra los elementos, y pregunta por el Marqués de Posa, nombre de uno de sus servidores, apuntado en un registro suyo secreto, que ha leído antes, y que ha llamado su atención, por no haberse presentado nunca en su Corte á reclamar algún premio. El Rey cree que este hombre puede serle útil, por su carácter, para descubrir la verdad sobre el delito que se atribuye á su esposa.

El Marqués se presenta, en efecto; habla con él largo rato con toda libertad, agradándole por su franqueza y osadía, á pesar de sus ideas un tanto sospechosas, por cuya razón lo toma á su servicio y lo admite en su intimidad y confianza.

En el acto cuarto, después de una breve escena, destinada á informar á los auditores ó lectores del triunfo impúdico de Felipe II sobre la Princesa de Éboli, el Marqués de Posa, en una conferencia con la Reina, la induce á citar al Príncipe por escrito, para persuadirlo que se rebele contra su padre, poniéndose al frente de los sublevados de los Países Bajos. El Conde de Lerma advierte al Infante D. Carlos que acaso el Marqués de Posa intrigue en daño suyo; y aunque no le da crédito, duda algo después, aunque por un momento, cuando el mismo Marqués le pide la cartera, so pretexto de que los papeles que contiene no lo comprometerán estando en sus manos. Accede al fin á su ruego, fiado en su amistad, y hasta le entrega una carta de la Reina, de fecha anterior al casamiento de ésta, que acostumbraba llevar sobre su corazón.

El Rey, mientras tanto, tiene un grave altercado con su esposa, que ha acudido á él para pedirle justicia contra el robo de su cajita de joyas, y la sustracción de ella de al-

gunas cartas y de un retrato del Príncipe. Felipe II se encoleriza con este motivo, oye de sus labios que es cierta la entrevista de ambos en Aranjuez, y hay gritos, y la Reina se desmaya y se hiere, promoviéndose en la Corte, con este motivo, el escándalo consiguiente. El retrato del Príncipe, encontrado en el suelo del gabinete del Monarca por la Infanta Clara Eugenia, mientras sus padres disputan, prueba en el acto á la Reina que el robo se ha hecho con el consentimiento del Rey.

A poco se desvanecen, sin embargo, las sospechas de éste, á consecuencia de la hábil defensa que hace el Marqués de Posa de la conducta y de la virtud de la Reina, y principalmente, al entregarle la cartera del Príncipe, en la cual halla Felipe II la carta de la Princesa de Éboli, citándolo á su habitación. Es inútil advertir que el Marqués no deja en la cartera papel alguno que pueda acusar á su amigo, si bien obtiene del Rey que le facilite una orden secreta de arresto contra el Príncipe, para hacer uso de ella con prudencia y si las circunstancias lo exigen, puesto que se ha constituido en espía y vigilante del mismo, y presume, según dice al Rey, que haya de tomar, movido por el miedo y con motivo de las revueltas de Flandes, alguna resolución imprudente.

El Duque de Alba y el Padre Domingo, que intentan congraciarse con la Reina, no logran su intento, al revelarles lo del robo de su joyero y la entrega á su esposo, por el Marqués, de las cartas del Príncipe; no así el Conde de Lerma, que hace lo mismo con el Infante, exhortándole á que se salve, por la misma causa, y contristando su ánimo al considerar que ha perdido á su mejor y á su único amigo, hasta el punto de pedir á la Princesa de Éboli, acusado por la aflictiva situación de sus negocios, que le facilite una entrevista con su madrastra. Por fortuna antes de hacer alguna otra revelación indiscreta, se presenta el Mar-

qués, que, para evitarla, prende al Príncipe é intenta matar á la Princesa. Ésta, atormentada por su conciencia, confiesa á la Reina todas sus faltas, y es castigada perdiendo su cargo en Palacio y siendo relegada en un convento.

El Marqués visita otra vez á la Reina para anunciarle que parte de su plan se ha desbaratado, que él ha de morir por necesidad, y se despide recomendándola el Príncipe y sus proyectos. Finalmente, el superintendente de correos, D. Raimundo de Taxis, da al Rey una carta del Marqués, dirigida á los Príncipes de Nassau y de Orange, por cuya razón, ocupado Felipe II con una tan importante noticia, no puede hablarle la Princesa de Éboli, á pesar de su insistencia.

El Infante D. Carlos aparece preso en el último acto. El Marqués le declara cuanto ha hecho para salvarle á los ojos del Rey, disipando sus sospechas relativas al supuesto adulterio entre su esposa y su hijo, porque todas recaen ya sobre la Princesa de Éboli, autora principal de la trama descubierta. Añade que, para lograr su fin por completo, sacrificándose por su amigo, para que pueda favorecer con toda libertad la separación de las provincias de Flandes de la Corona de España, ha escrito la carta indicada al Príncipe de Orange, confesando en ella que él es el enamorado de la Reina. Muere de un tiro antes de terminar su conferencia con el Príncipe, disparado por asesinos del Rey, conocedor de sus obras aparentes y acusadoras.

El dolor del Infante es inmenso al ver muerto á su amigo; se resiste á admitir su libertad y su espada, que le ofrece su padre en persona, rodeado de sus Grandes, y lo reconviene amargamente por el crimen cometido, revelándole que es un sacrificio heroico de la amistad del Marqués. Mientras el Rey reconoce su error y lo deplora, Madrid se subleva creyendo al Príncipe en peligro, y Felipe II

se desmaya de ira al observar que sus grandes simpatizan con su hijo y parecen dispuestos á abandonarlo.

Carlos, solo ya, porque los Grandes se han llevado al Rey, sin conocimiento, recibe la visita de Mercado, médico de cámara de la Reina, el cual, por orden de su señora, lo invita á una conferencia con ella á la media noche, disfrazándose el Príncipe de suerte que simule ser el alma en pena del Emperador Carlos V, su abuelo, para que pueda pasar sin obstáculo entre los centinelas y llegar hasta la habitación de su madrastra. Accede al cabo á su ruego, al saber que la Reina lo llama para cumplir los deseos del Marqués; pero mientras tanto se descubre por ciertos documentos, recogidos de un Cartujo, que habían de entregarse al Príncipe, que éste había de abandonar á Madrid aquella misma noche, esperándolo en Cádiz un buque para trasportarlo á Flesinga y ponerse al frente de los rebeldes; que los turcos se arman para atacar á España; que el viaje del Marqués por Europa tuvo por objeto concitar á las potencias del Norte en favor de los Flamencos; que se había formado el plan de campaña de la próxima guerra contra los Españoles, y por último, que el Príncipe había de visitar á la Reina á media noche.

El Duque de Alba entrega al Rey todos estos documentos. Mientras los lee, un oficial anuncia que los centinelas han visto á la sombra del Emperador pasar entre ellos, y deslizarse en las habitaciones de la Reina. Felipe II entonces llama al Inquisidor General, sorprende en su coloquio, por lo demás inocente en punto á adulterio, á su esposa y al Príncipe, y los pone en manos del Santo Oficio.

D. CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

FELIPE II, Rey de España.
ISABEL DE VALOIS, su esposa.
D. CARLOS, Príncipe heredero de la Corona.
ALEJANDRO FARNESIO, Príncipe de Parma, sobrino del Rey.
LA INFANTA CLARA EUGENIA, niña de tres años.
LA DUQUESA DE OLIVARES, Camarista Mayor.
LA MARQUESA DE MONDÉJAR.
LA PRINCESA DE EB LI. } Damas de la Reina.
LA CONDESA DE FUENTES. }
EL MARQUÉS DE POSA, Caballero de la Orden }
de Malta. }
EL DUQUE DE ALBA. }
EL CONDE DE LERMA, Coronel de Guardias de }
Corps. } Grandes de España.
EL DUQUE DE FERIA, Caballero del Toisón. }
EL DUQUE DE MEDINA-SIDÓNIA, Almirante. }
D. RAIMUNDO DE TAXIS, Director de Correos. }
EL PADRE DOMINGO, Confesor del Rey. }
El Inquisidor General del Reino.
El Prior de un Convento de Cartujos.
Un Paje de la Reina.
D. LUIS MERCADO, Médico de Cámara de la Reina.
Damas y grandes; pajes; oficiales; guardias de Corps, y otros per-
sonajes mudos.